## **4. San José** *(Alma del Padre 14, 4)*

Durante la guerra, el Padre había añadido a las oraciones antes y después las comidas tres glorias, respectivamente a San José, a San Miguel y a San Antonio de Padua. Un día se enteró que yo anteponía San Miguel a San José. Me dijo: «Yo no toco para nada la cuestión de la superioridad de San José o de San Miguel: es una cuestión ociosa; yo después de la Santísima Virgen pongo en seguida San José porque, como Jesús, María y José fueron siempre unidos en la tierra, así los considero unidos también en el cielo; y creo que el glorioso Arcángel no tenga que ofenderse por esto».

San José venía en seguida tras Jesús y la Virgen, para ser el padre de la providencia y el patrón de la Iglesia, modelo de la vida interior y protector de la Obra. Como alimentó y defendió el pequeño Jesús, así el Santo tenía que proteger la **mínima** obra suya de la Rogación Evangélica y de los orfelinatos.

La devoción a San José era ferviente en la familia del Padre. Se veneraba en casa un devoto busto del Santo en madera, ante el cual cada año la familia renovaba la propia consagración. Conservamos muchas de estas fórmulas, empezando de 1876, escritas por el Padre y firmadas por todos los miembros de la familia. Con la muerte de la mamá del Padre, el busto pasó a Aviñón.

A San José el Padre se encomendaba por su vida interior: «Oh San José glorioso, a vos recurro, que sois el dispensador de todos los divinos tesoros. Deseo hacerme santo, ser todo de Jesús, servirle en esta Obra Piadosa, así como Él quiere» (Vol. 4, p. 18). Se dirigió a él implorando que, tratando los asuntos, el demonio o bien la naturaleza no lo engañasen: «Tratad vos el asunto, glorioso Patriarca, por cómo es más conforme a la divina voluntad y a la mayor consolación del Corazón Santísimo de Jesús. (…) Oh Santo poderoso, oh, ¡haced que no en vano yo pusiera en Vos toda mi confianza y recurriera a vuestro poderoso patrocinio! De vos espero aquellas divinas gracias en propósito, que contenten no mi amor propio y mis otras pasiones, sino más bien el Corazón Santísimo de Jesús y los deseos de su alma santísima» (Vol. 6, p. 12).

Empezando la Obra, el Padre la pone bajo el patrocinio de San José e invoca su protección con una ardiente oración:

«Henos aquí todos ante vuestros pies, oh Santo excelso, poderoso y misericordioso. (…) Dignaos echar una mirada compasiva y benigna sobre estos lugares de extrema miseria, de aflicción y de desorden aquí desde mucho tiempo reina la ignorancia, el aburrimiento, el escualor, el abandono y también el pecado. Aquí el enemigo infernal aflige los cuerpos y hace perder las almas. A vos elevamos nuestras manos suplicantes y exclamamos: **Venid, venid para visitar vos mismo estos lugares con vuestra especial protección; venid, venid para tomar bajo vuestro poderoso patrocinio esta contrada con todos los que aquí moran; venid para amparar bajo vuestro manto estos cuchitriles con los que los habitan**; venid para iluminar con la divina luz de la gracia y de la sabiduría las mentes ignorantes de tantos infelices. (…) Tened piedad de todas las virgencitas en peligro; piedad de muchos viejos derelictos y cayentes; piedad especialmente os pedimos por tantos pobres niños dispersos, que crecen en la suciedad y en el abandono. Os suplicamos que os dignéis proteger en modo particular las obras de caridad que empezaron en este lugar; hacedlas crecer como preciosos brotes en el Corazón Santísimo de Jesús; y os suplicamos que os dignéis hacer nacer en este lugar nuevas obras de caridad, para recoger los niños dispersos y para salvar tantas pobres almas de la ignorancia y del pecado» (Vol. 8, p. 12).

La casita que acogió las primeras cuatro hermanas la llamó **Pequeño Refugio de San José** y al santo entregó el primitivo germen de la naciente congregación: «Os entrego estas cuatro almas y a vuestra paterna caridad las encomiendo, para que os dignéis santificarlas, para hacerlas aptas para todo lo que de ellos pueda querer el divino beneplácito. (…) Os suplico, oh glorioso Santo, que hagáis sincera su voluntad, firme su propósito, sabia su intención, fervoroso su deseo, prudente y santa su conducta y perseverante su devoción». Y concluye: «Que, si alguna alma de estas fuera obstinada y no fuera llamada para el estado religioso, os ruego, oh Santo Patriarca, que en este **Pequeño Retiro** a vos consagrado, no tenga parte, sino que aquí solamente moren las que Dios se complazca de llamar a la santa profesión religiosa» (Vol. 4, p. 23).

Las vesticiones y profesiones se hacían el 19 de marzo. Cuando luego se añadió la comunidad religiosa masculina, ella también bajo el patrocinio del Santo, las vesticiones de esta tenían lugar en la fiesta del patrocinio – celebrada entonces el tercer miércoles o el tercer domingo después de Pascua – para que allí estuviera el Padre, ocupado con la comunidad femenina el 19 de marzo.

La fiesta del Santo era preparada por una solemne novena y por los siete miércoles de San José. Para los rogacionistas se hacía luego la novena del patrocinio para la renovación de los votos: oraciones al Corazón Santísimo de Jesús, a la Santísima Virgen Inmaculada y al Santo, al que seguía un sermón o meditación acerca del estado religioso. El Padre generalmente nos comentaba con entusiasmo y con prácticas aplicaciones algún pasaje de un libreto ya pasado hoy de moda, pero que suscitó y sostuvo numerosas vocaciones en los tiempos pasados: **El Paraíso en tierra** del Padre Natale de la Compañía de Jesús.

Para las huerfanitas había escrito siete pequeñas estrofas para hacerlas cantar una cada día, durante toda la semana, durante el trabajo, para implorar la ayuda de San José sobre las personas y la Obra.

Aquí está una de ellas:

 Tú estos lugares nos adquiere,

 A nosotras las virtudes concede,

 De nosotras expulsa el demonio,

 Consérvanos y provéenos.

 Y esta platita, oh Santo,

 Hazla crecer tú, mientras tanto.

Confiaba en San José para la vida interior de las comunidades, y escribió una oración a San José **para obtener la virtud interior** (Vol. 4, p. 8) que se rezaba diariamente durante el mes de marzo. A él dirigía continuas oraciones para las santas vocaciones; hasta quiso en las casas una lámpara a San José llamada justamente **la Lámpara de las vocaciones**, y a menudo la recuerda en los himnos a San José según los diversos títulos que le daba, uniéndolo, a partir de 1905, casi cada año, a Jesús y a María en las fiestas del 1 de julio.[[1]](#footnote-1)

 Mira, oh Santo una llamita

 Día y noche delante de ti

 Arde, y ruega como en su idioma

 Para que los escogidos y santos

 Quieras por doquier suscitar (1905).

 Si aquella lámpara que te arde junto

 Te pide escogidos la noche y el día

 Por favor, muéstranos tu favor,

 ¡Oh fidelísimo Cofundador! (1906).

 Aquella lámpara que llamea

 Ante ti noche y día,

 ¿No será la señal etérea

 Que otros llame a su alrededor?

 (…)

 De ciudades, de pueblos ignotos,

 Llama a los hijos sólo a Dios notos,

 Inocentes, puros y sencillos

 Como ellos son en nuestros votos (1914).

En los primeros tiempos de la Obra, cuando aún no había empezado la devoción del **pan de San Antonio**, el celestial proveedor era San José y el Padre recurría a Él en todas sus necesidades. Recordamos una anécdota de aquellos años. El proveedor del pan había citado al Padre al tribunal por retraso en los pagos. Cuando el juez le pidió quién era su abogado, el Padre sacó del bolsillo una imagen de San José… «Esto es mi abogado. ¿Qué puedo decir? Tengo que pagar y pagaré como San José me enviará los medios; ruego mi acreedor de tener un poco de paciencia». Con estas palabras se presentó el acreedor, que justamente se llamaba Presente, diciendo: «Otra vez: **pagaré, tened paciencia**,y yo tendré paciencia esta otra vez». Y la audiencia terminó.

Cuando, en 1911, hubo la Visita Apostólica, el Padre, inaugurando una estatua del Santo en Taormina, lo proclamó **Visitador**:

Con inmenso gozo exultemos,

Hermanas e Hijas del Corazón Sagrado;

Se escucha el eco de un piadoso llamado

¡Llegó José Visitador!

Las súplicas dirigidas a San José, en cualquier circunstancia de la Obra, eran continuas e innumerables. Leemos en un informe: «Tenía en la capilla del barrio Aviñón un busto del Santo, que parecía un cartero, cargado de sobres y llaves. Con las llaves era investido cada vez que se adquiría una casita de Aviñón, significando así que Él era el dueño legítimo». Lástima que, con el incendio de la iglesia de 1919, fue perdida la estatua y, con las súplicas, ¡quién sabe cuánta historia de los Institutos!

El Padre resume en pocas líneas la acción de San José en nuestra Obra: «El Santo Patriarca la cuidó como si se la hubiese confiada el Corazón Santísimo de Jesús y su divina Esposa María desde su primer comienzo. A San José fue confiada la plantita, y él la protegió amorosamente entre los vientos y las tempestades. Cuando la tierra alrededor era una árida arena, él la regaba con el rocío matutino; cuando el sol ardiente amenazaba con secarla, Él le hacía sombra con su manto; cuando el transeúnte quería arrancarla o sin querer pisarla, Él con mano poderosa la defendía; cuando animales peligrosos amenazaban con devorarla, Él los rechazaba hasta los abismos; cuando torrentes impetuosos estaban para abrumarla, Él acorría para hacerle diques poderosos. Ay, él la creció como Jesús y María la querían. Él reforzó las raíces, hizo extender sus ramos, hizo madurar sus frutos; y finalmente habrá dicho al Ángel de Padua: “Antonio, ¡te encargo como repartidor de mi providencia sobre esta Obra Piadosa de los intereses del Corazón de nuestro Jesús!”» (N.I. Vol. 3, p. 270).

Y en otro lugar el Padre retoma este último pensamiento: «Entre nosotros hay la íntima persuasión que San José obtuvo para nosotros desde el Cielo la protección de San Antonio de Padua; más bien, quién nos prohíbe de pensar que San José, justamente San José, como Patrón universal de la Iglesia, ¿no hubiera dado a todos los pueblos, en estos tiempos, la devoción del **pan de San Antonio** de Padua para consolar toda clase de personas?» (**Ibid.** p. 249).

Bonitos testimonios tenemos por las Hijas del Sagrado Costado:

«¡Amaba mucho San José! Nos escribía de poner nuestras Casas bajo su patrocinio; solemnizaba y hacía solemnizar su fiesta con novena y, si se podía, con una comida para los pobres». «Nos inculcaba esta devoción a nosotras que, necesitando en aquel momento la ayuda del Padre, podíamos apreciar mejor toda la preciosidad de su confianza en el Santo Patriarca». Hermosísima es la deposición de la Madre Quaranta: «Me queda para hablar sobre su gran devoción y confianza en San José. Nos sugería una devoción tierna, sencilla e ingenua al Santo Patriarca: según él en cada necesidad hacía falta rezarlo con el corazón e insistentemente, hasta amenazarlo con quitarle el Niño, cubriéndolo con un papel, si no nos hubiese venido en socorro. El Siervo de Dios quería que comiéramos pan de trigo, cerca del año 1913. El trigo vino. Quería que comiéramos fruta cada día, y nos faltaba dinero para comprarla; sin embargo, la fruta nunca faltó. El aceite de la lámpara de San José tal vez faltaba, y no se sabía qué hacer. Rogado o bien amenazado, San José era siempre presente».

Y esta anécdota la veneranda Madre Quaranta me lo contó más de una vez, con significativos detalles que aquí quiero destacar.

El Padre halló que las hermanas usaban un pan que no era comestible, y por eso dijo: «No, hijas, el pan tiene que ser de puro trigo, sino al revés no tendréis fuerzas para trabajar». «¿Y quién nos lo da, Padre?». «Pedídselo a San José; más bien haced así: tomad un saco y ponerlo abierto bajo el cuadro de San José: Él os proveerá».

Así se hizo; y como el lugar era mezquino y una única habitación servía de locutorio, taller y comedor, y cualquier visitante veía el saco abierto bajo el cuadro de San José.

En aquellos días pasó el doctor, que quiso sentir la explicación y no pudo no sonreír ante la salida peregrina. El hecho es que, contra cualquier previsión, en aquellos días pasó allá un rico señor, que dejó a la casa una gran moneda de oro. «¡Algo – decía la Madre Quaranta – que nunca jamás habíamos visto!». Como el donante salió, ¡entró una señora ofreciéndonos trigo! San José había contestado a la confianza del Padre; y el doctor, en cuanto supo la cosa, sintió crecer la devoción al Santo.

1. Encontramos entre los escritos del Padre un himno a San José para la coronación de una estatua suya en Caudino di Arcevia (Ancona). La coronación se hacía entonces por decreto de la Congregación de los Ritos que, según la praxis, lo concedía sólo para las imágenes de Nuestro Señor y de la Virgen María. En vía excepcional en 1904 lo concedió también para la estatua de San José de Caudino; y la coronación se hizo solemnemente el 26 de julio de aquel año. El Padre escribió el himno parece tras la invitación del amigo Padre Biascheli, Superior General de los Misioneros de la Preciosísima Sangre, interesado para obtener el decreto de la Santa Congregación. [↑](#footnote-ref-1)